

CONTEXTUALIZACIÓN: BANQUETE PARA LA HUMANIDAD

Dr. Juan Luis
Hernández*

Resumen:

América Latina es la región más desigual y violenta del mundo, paradójicamente, también la más católica en el mundo. Estas recurrencias hacen de nuestra región el mejor lugar para construir un banquete para la humanidad sostenida por la solidaridad, el bien común, la inclusión y la igualdad social. Desde la desesperanza emerge paciente pero audazmente una geopolítica de la esperanza nutrida por una epistemología, una praxis, una ética y una espiritualidad que organizan y movilizan una mesa para el encuentro, el diálogo, la paz y la resistencia.

Palabras clave: banquete para la humanidad, geopolítica de la esperanza, desigualdad, violencia, América Latina.

*Politólogo. Miembro de las Comunidades Eclesiales de Base desde 1985. Profesor de ciencias políticas desde 1995. Ha sido funcionario educativo en las universidades jesuitas de México, en las dos últimas décadas su objetivo es poder responder con educación a los desafíos de la realidad. Es analista político en medios de comunicación con la perspectiva de empoderar a los ciudadanos. Conferencista internacional sobre temas de análisis de la realidad. Formador de más de 50 mil profesores en México y AL sobre aprendizaje situado.

Latinoamérica es hoy escenario de una de las paradojas más inquietantes: nuestra región es en el siglo XXI la región más desigual del mundo, al mismo tiempo es la más violenta del mundo (CEPAL, 2018, 54-55) complementariamente, es el lugar más católico del mundo. Podemos leerlo

en los siguientes términos: desiguales, violentos, pero católicos. O bien, católicos, pero violentos e injustos.

Esta paradoja la asumo no en el sentido de ver en América Latina la variable causal y determinante de lo social y político, sino más bien, reflexionar lo que supone en nuestra región el hecho de que los portadores de los bajos salarios, los sostenedores de la precarización laboral o los concentradores de la tierra, se asuman como católicos; de la misma manera que los sicarios, paramilitares o simples asesinos maten en nombre de un rostro de Dios distorsionado. Nuestra paradoja nos lleva a cuestionar, qué Dios es el que mueve a las élites políticas, empresariales o criminales para acaparar, excluir, aparentar, simular, oprimir, desaparecer. Esto nos conduce a una religión negada como fuente de vida y de liberación¹ (Pagola, 2014, 20), es decir, mucha religión pero poca ética cristiana.

Sin embargo, la “praxis del martirio” (Autores varios) en América Latina nos devuelve la esperanza de que hay un rostro de

¹ Pagola, José Antonio, *Jesús: aproximación histórica*, México, 2014, PPC Editorial.

Dios que ha caminado en nuestra historia de opresión, desigualdad e injusticia y con Él construimos una esperanza movilizadora. Hemos aprendido en nuestras comunidades que nuestro pueblo y nuestra gente prepara cotidianamente un banquete para la humanidad, un banquete de domingo en el que no falta a la mesa de la comunión y el encuentro, la inclusión social, la solidaridad, el bien común, el diálogo, la risa, el perdón, la reconciliación, el compartir, la resistencia.

El banquete para la humanidad es una respuesta cristiana frente al “mal común” (Samour, 2013, 7-18). Ignacio Ellacuría, el rector mártir (Hernández, 2015), entendía el “mal común” como injusticia estructural, una injusticia enraizada en estructuras de exclusión, depredadoras y opresivas. Pero el “mal común” no podría ni puede ser la última palabra. El banquete para la humanidad está en marcha. Para ello, se necesita identificar aquello que no lo hace posible, las condiciones que lo obstruyen, que lo alejan, que lo invisibilizan. Construir un banquete para la humanidad supone denunciar y hacer frente con audacia profética a la pedagogía del mal común.

1. El “mal común” en América Latina

Si nuestro banquete quiere llevar a la mesa igualdad e inclusión social necesitamos denunciar que el ingreso de los más ricos de América Latina es 28 veces más que el de los más pobres, lo que supone más de la mitad de lo que sucede en África. Esto hace que, en este lugar, los ricos sean más ricos y los pobres sean más pobres. Aquí, el 10% de los hogares más ricos concentran en promedio un 34.1% de los ingresos totales. Es decir, para mirar la desigualdad hay que apreciar la concentración de la riqueza en la cúspide de las clases sociales. En estos días, los países más desiguales de nuestra región son Guatemala, Colombia, Brasil, Panamá y México (Cepal, 2015).

Esta negación tiene rostro de mujer, de niños, de adultos mayores, de indígenas, de afrodescendientes. Más de la mitad de las personas mayores de América Latina no recibe una pensión de un sistema contributivo. El coeficiente de Gini para los ingresos personales en 2015 mostró un valor promedio de 0,469 para 17 países de América Latina, un nivel considerado alto por la Cepal. Pero estos números nos llevan a

la estructura de la propiedad (de activos físicos y financieros) como un factor fundamental de la reproducción de la desigualdad en la región.

La Cepal afirma que, la condición étnico-racial es otro factor de desigualdad estructural. En la región viven alrededor de 130 millones de personas afrodescendientes (2015), aproximadamente 21% del total de la población. Aunque Brasil y Cuba concentran el 91% del total regional, la población afrodescendiente está presente en todos los países de América Latina. Este grupo de la población también está sobrerrepresentado en el estrato socioeconómico de menores ingresos y sufre desigualdades profundas en todas las áreas del desarrollo social, que se expresan, por ejemplo, en mayores tasas de mortalidad infantil y materna, de embarazo adolescente y de desempleo, y en menores ingresos laborales (en comparación con los no afrodescendientes), revela el estudio.

El último informe de la Cepal advierte asimismo, que las mujeres siguen sobrerrepresentadas en los quintiles de menores ingresos y que su tiempo total de trabajo

(equivale a la suma de las horas dedicadas al trabajo doméstico, a cuidados no remunerado y al trabajo remunerado) es superior al de los hombres, lo cual limita su autonomía económica.

La violencia se recrudece particularmente en América Latina. Esta, tiene al 9% de la población mundial pero sostiene el 30% de los homicidios en el mundo (BID, 2017). Una organización no gubernamental mexicana, el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal (CCSPJP) (2017) investigó que, de las 50 ciudades más violentas del mundo, 42 están en Latinoamérica. Y de las 50 ciudades del ranking 17 están en Brasil, 12 en México, 5 en Venezuela, 3 en Colombia y 2 en Honduras. También hay una ciudad de El Salvador, otra de Guatemala y una de Puerto Rico.

Pero esta violencia medida en homicidios por cada 100 mil habitantes se complementa con la violencia sexual, de género, intrafamiliar, escolar, que se extiende como enfermedad por todo el planeta. El daño a los otros ha convertido la vida en un valor extremadamente frágil y la violencia se ha interiorizado desde edades tempranas, desde el juego

hasta la propia convivencia infantil. Para muchas personas, esta es una *mediación* para alcanzar objetivos de manera rápida.

El principal daño de la violencia es destruir el tejido social. Lo más importante para la convivencia social es la confianza. La confianza entre vecinos, entre familiares o entre amigos es la fuente de los vínculos que construyen tejido social o capital social. Pero la violencia destruye la confianza, vulnera las capacidades de las personas, se radicaliza el miedo y la calle como la vida pública, la toman los criminales.

La mayor parte de la humanidad vive hoy en ciudades y justamente, son las ciudades el teatro de operaciones del mayor número de violencias. Las ciudades se han convertido en territorios hostiles, depredatorios, en ambientes de ley de la selva en los que hay que sobrevivir, en condiciones en las que la pobreza y la miseria se radicalizan. Las violencias germinan en entornos en los que los gobiernos son cooptados por el crimen organizado, pero también, en condiciones en donde la educación no ha puesto en el corazón de las personas, culturas de paz y diálogo.

El mal común en América Latina es la desigualdad y la violencia; juntas hacen posible la corrupción, la impunidad, la discriminación, las migraciones, la depredación del territorio, la indiferencia y la ceguera moral. No obstante, este mal enraizado en nuestra historia tiene remedio. Creemos que el banquete de la humanidad se puede preparar desde una geopolítica de la esperanza.

2. Una geopolítica de la esperanza que prepara un banquete para la humanidad

A lo largo y ancho del mundo, a pesar del “mal común”, han sobresalido múltiples iniciativas orientadas a construir un mundo más justo y fraterno. Veamos tres ejemplos globales. El primero de ellos es el esfuerzo de la UNESCO, que desde 1992 planteó 4 saberes para la humanidad (1997) (aprender a ser, aprender a pensar, aprender a resolver, aprender a convivir con otros).

Otro ejemplo es la Agenda 2030 (2016) para el desarrollo sostenible, en ella, la ONU animó a todos los países y naciones a comprometerse con 17 objetivos para que la humanidad alcance en el menor tiempo posible prosperi-

dad, paz, equidad, sostenibilidad. Un ejemplo más son las propuestas de acción transformadora que asumieron los movimientos populares del mundo en diálogo con el papa Francisco, en él plantearon una agenda para defender los derechos humanos, la democracia participativa, el agua como bien público, la reforma agraria integral, la reforma laboral para el trabajo digno, la reforma urbana para vivienda humana y digna, la construcción de una ciudadanía universal.

Apenas unos cuantos ejemplos de muchos conocidos y desconocidos, que impulsan desde ya marcos referenciales utópicos y prácticos, agendas de política pública y de activismo local. Respuestas organizadas o caóticas pero que significan el despertar de los pueblos y las personas, la animación de conciencias adormiladas. En este sentido, valdría la pena pensar en un marco que organice y prepare un banquete para la humanidad, en el que todos estemos invitados, es decir, que organice la esperanza frente a la desesperanza.

En este sentido, propongo cinco campos en los que se podría trabajar una geopolítica de la es-

peranza. 1, la epistemología; 2, la praxis; 3, la espiritualidad; 4, la ética y; 5, la geopolítica propiamente dicha. Primero. Una epistemología de la esperanza se concretaría en la realización de Análisis de la Realidad con un método profético (denunciar las injusticias, anunciar las buenas noticias). Necesitamos dar un paso epistemológico en América Latina para leer la realidad. Muchos análisis de la realidad terminan siendo “agoreros de la desilusión”, “inhibidores de la acción o la movilización”, si sólo desentrañan al mal estructural. Epistemológicamente los análisis de la realidad tienen que estar animados para iluminar la esperanza. Enfáticos para analizar las injusticias estructurales pero igualmente sólidos para reconocer las transformaciones de la realidad de nuestro tiempo. Esta epistemología de la esperanza debe reconocer la “pedagogía del mal” como la “pedagogía de la esperanza” (Freire, 2009), aquello que nos anima a preparar la mesa para la solidaridad y el bien común. En este terreno no debemos olvidar la necesidad de producir utopías (Tamayo, 2017), fundamentales en el mundo del cinismo profesional y del vaciamiento ético.

Segundo. Una praxis de la esperanza se concretaría en la resistencia. Si somos capaces de ver en el Evangelio y en el proyecto de Jesús un horizonte orientador, entonces estamos listos para ser una comunidad de seguidores que no nos equivoquemos. Tal vez, podemos considerarnos una minoría, pero una minoría activa, alternativa y resistente. La praxis de la resistencia es posiblemente hoy, en tiempos de capitalismo voraz, y de los múltiples vaciamientos de sentido personal y social, la praxis de las praxis. Resistir es solidaridad y sostener el bien común contra viento y marea. Oponerse al mal común, ser signo de oposición a la injusticia. Resistir es un signo de esperanza en transformación de realidad.

Tercero. La espiritualidad de la esperanza. Uno de los efectos de privilegiar el dogma y las prácticas religiosas de una fe es perder el centro, el eje neurálgico, la sustancia, es decir, la espiritualidad de esa fe. En América Latina está muy reconocida y vivida la práctica religiosa, pero muy escondida la espiritualidad cristiana. En estos tiempos han sido nuestros pueblos originarios quienes han venido en nuestra ayuda

y rescate para volver a conectar con nuestro interior, para reconocer y descubrir el gran pozo de espiritualidad que es el cristianismo. Uno de los aspectos centrales y concretos de esta apuesta es el discernimiento. Una espiritualidad de la esperanza anima, prepara y forma en el discernimiento. Sociedades como las nuestras, violentas, injustas e impunes, nos ofrecen cotidianamente dilemas para enfrentar, resolver, reflexionar. El discernimiento para descubrir la voluntad de Dios en nuestra realidad se convierte en una necesidad esperanzada. Una espiritualidad de la esperanza se conmueve con el pueblo crucificado y prepara un banquete para la humanidad anunciando la resurrección en nuestro diario caminar.

Cuarto. La ética de la esperanza. Una ética que nos ayuda a concretar la esperanza es la ética del cuidado. Cuidar de nosotras/os mismas/os, cuidar de los otros y cuidar nuestra casa común. No en ese orden. Una ética del cuidado transversal. Cuidarnos los unos a los otros haría más saludables y más humanas nuestras convivencias sociales, nuestros encuentros con los diferentes, nuestras cohabitaciones obligadas. Esta ética del cuidado puede ser fuen-

te de esperanza, de resistencia, de inspiración y de consolación, puesto que, prepara la mesa del encuentro, amasa la solidaridad, endulza el corazón de quien promueve el bien común, incluye a los diferentes, a los que piensan distinto, a los perdedores de la globalización, a los desheredados de la tierra.

Quinto. La geopolítica de la esperanza. La epistemología, la praxis, la espiritualidad y la ética de la esperanza se concretan en un territorio determinado, en un lugar, en un espacio en el que sucede la vida humana, en donde permanentemente está en juego la vida y la muerte, la vida buena y los despojos de la misma. Concretamente en el territorio, la parroquia y la escuela se han convertido en presencias territoriales que pueden ser articuladoras de esperanza. También pueden ser exactamente lo contrario, proyectos de adormecimiento popular, manipuladoras de la conciencia social, negocios capitalistas. Pero gracias a Dios, América Latina está sembrada de proyectos territoriales de parroquias y escuelas que ofrecen luz en medio de las tinieblas. Ahí, en las escuelas y en las parroquias se puede “formar la mentalidad”.

Ahí, puede surgir el sujeto histórico cuya hermenéutica hace suyo el compromiso con su tiempo y su circunstancia. Formar la mentalidad es empoderar a las personas, sobre todo las más vulnerables, para que ellas mismas sean capaces para los demás.

El banquete para la humanidad se articula paciente pero decididamente con una pedagogía: “aprendizaje situado” (Díaz-Hernández, 2018) que hace posible aprender desde, con y para la realidad. La solidaridad, el bien común, la inclusión, la igualdad, la preparación de la mesa común son experiencias que se aprenden, son pedagogías que se propagan. Un banquete para la humanidad necesita una educación liberadora. Así lo entendían hace 50 años en Medellín aquellos obispos visionarios que empujaron una audacia en la Iglesia.

En 1968 los obispos señalaban “Nuestra reflexión sobre este panorama nos conduce a proponer una visión de la educación más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro continente; la llamaríamos la “educación liberadora”; esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. (...)

Para ello, la educación en todos sus niveles debe llegar a ser creadora, pues ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina; debe basar sus esfuerzos en la personalización de las nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo su libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario” (1968).

El banquete para la humanidad que preparamos es una geopolítica de la esperanza movilizadora, urdida *globalmente*, desde abajo, desde la periferia, desde lo pequeño, como grano de mostaza. Es una esperanza para esperar.

Bibliografía:

- Delors, Jacques, *La educación encierra un tesoro*, México, 1997.
- Díaz Rosales, María Alejandra y Juan Luis Hernández, *Aprendizaje Situado. Transformar la realidad educando*, México, 2018.
- Freyre, Paulo, *Pedagogía de la esperanza*, México, 2009.
- Naciones Unidas, *La ineficiencia de la desigualdad*, Santiago, 2018.

- Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal AC, *Las 50 ciudades más violentas del mundo*, 2017.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID), *Los costos del crimen y la violencia: nueva evidencia y hallazgos en AL y el Caribe*, 2017.
- Naciones Unidas, *Los objetivos de desarrollo sostenible y la iniciativa de ciudades prósperas*, 2016.
- Hernández, Juan Luis y Galilea Cariño, *El rector mártir: los legados de Ignacio Ellacuría para encargarse de la realidad*, México, 2015.
- Pagola, José Antonio, *Jesús: aproximación histórica*, México, 2014.
- Naciones Unidas/CEPAL, *Panorama Social de América Latina*, Santiago, 2015.
- Autores varios, *Praxis del martirio: ayer y hoy*, Quito, Ecuador.
- Samour, Héctor, “El concepto de ‘mal común’ y la crítica a la civilización del capital en Ignacio Ellacuría”, en revista ECA, núm. 732, enero-marzo de 2013, vol. 68, San Salvador, El Salvador, pp: 7-18.
- Tamayo, Juan José, *La utopía, motor de la historia*, Madrid, 2017.